CAPITULO PRIMERO

EL SEÑOR LECOQ RECIBE UNA VISITA

El señor Bidasse, con la mímica de una mujer bonita que contempla su rostro en un espejo, corregía las pruebas de su artículo para *El Gran Diario* y las leía en alta voz, lo que tenía la doble ventaja de fastidiar a los redactores, que intentaban inútilmente trabajar, y de incitarles, por contagio, a cometer faltas de francés.

«*El Gran Diario*, en su última hora de ayer, reveló a la justicia y al gran público la verdadera identidad de la víctima del crimen de Maisons-Laffitte. Y este golpe de teatro no hace más que aumentar el horror de un drama que recuerda las más trágicas concepciones de Esquilo, Leibnitz y Andrés de Larde, digno sucesor de estos dos trágicos griegos.

El conde Lardillon de Lestrivière, que acaba de encontrar involuntariamente *(la propiedad de los*

adverbios que empleaba el señor Bidasse era siempre admirable) una muerte digna del Gran Guignol bajo el cuchillo sangriento de un Fualdés desconocido *(Fualdés era el nombre de un señor asesinado ha tiempo; pero el señor Bidasse lo escogió, de una vez para siempre, como prototipo del criminal)*, era una de las más nobles y simpáticas figuras de la aristocracia parisién.

Apenas si tenía sesenta años, y su carrera comenzaba bajo los más brillantes hospicios *(textual)*. Desde su primera infancia le destinaron sus padres a la diplomacia, y este proyecto empezó a realizarse con las largas temporadas que el joven aristócrata pasó en el extranjero, sin que le arredraran los climas más diversos, pues pasaba con la mayor facilidad de Ostende a San Sebastián y de San Sebastián a Montecarlo. Estos lejanos viajes, que revelaban en él un heroico espíritu de aventuras y una tenacidad sin igual para plantar en todas partes el pabellón francés, le aguirrieron, pero debilitaron su salud. Entonces buscó y encontró la felicidad íntima, el dulce calor del hogar, y se casó, hacia los cuarenta años, con la señorita Lucía-Benoit-Durand, hija del gran fabricante de tapiocas... A este propósito no queremos dejar de recomendar a nuestros lectores las tapiocas Benoit-Durand, de las que nuestro excelente colaborador Amadeo Gantrille muestra, en la tercera plana de este número, las virtudes nutritivas y laxantes a la vez.

Inmediatamente después de casado, el conde Lardillon de Lestrivière consagró exclusivamente al mejoramiento de la raza caballar la gran inteligencia que el cielo le había concedido y la cuantiosa fortuna que le aportó su mujer.

Gracias a sus cualidades excepcionales, unánimemente reconocidas, no tardó en ser nombrado comisario de la Sociedad Hípica del Sena. Para aquellos de nuestros lectores no iniciados en los misterios de las carreras *(como se verá, todo el mundo no puede poseer, sobre este particular, la misma competencia que el señor Bidasse)*, diremos sumariamente en qué consisten las funciones de comisario de una gran Sociedad de carreras.

Un comisario tiene que pesar los caballos; cuidar de que los *jockeys* no excedan de cierta estatura máxima; bajar la bandera cuando salen los caballos; decidir el orden de la llegada de éstos a la meta; poner a los empleados de las Apuestas Mutuas al corriente de lo que deben cobrar y pagar; inscribir los ganadores; recibir al Presidente de la República cuando honra con su augusta presencia las carreras, e ir haciendo avanzar los coches cuando ha terminado la fiesta.

Aplastado por tal cúmulo de deberes y responsabilidades, podía decirse que el conde Lardillon de Lestrivière ha muerto, en plena brecha, en el campo del honor. Porque ha sido en Maisons-Laffitte, cerca del Hipódromo, en el corazón del centro de entrenamiento, donde ha sucumbido como un héroe.

Las exequias del conde Lardillon de Lestrivière tendrán lugar mañana, a la una. Las personas que no hayan recibido invitación para asistir a ellas quedan advertidas por el presente aviso.»

A continuación de este artículo necrológico, tan elegantemente hilvanado, el señor Bidasse relataba con todo detalle los hechos que *habían proyectado un resplandor de claridad en el sombrío drama.* Claro está que el encuentro del procurador de la República con el mozo de cuadra Simons lo refería a su manera:

«El señor Josse, procurador de la República, retenido hasta muy tarde en su despacho por deberes profesionales, pasaba anteayer por los grandes bulevares cuando sintió llamada su atención por un individuo de aspecto sospechoso que iba acompañado de dos hetairas. Con sorprendente sagacidad, y aunque jamás había visto a aquel individuo, el magistrado adivinó que se encontraba ante el mozo de cuadra Simons, y arrojándose sobre él, y no obstante una feroz resistencia, consiguió dominarle.»

Del papel de Lafrita, ni una palabra.

«Entretanto, siguiendo una acción paralela, y gracias a los informes proporcionados por el gran dentista Spencer, 127, *chaussée d'Antin* (extracciones sin dolor por el *bionçol* musical, de dos a siete; aurificaciones garantizadas), los ilustres doctores Páncreas y Boudon comprobaban que, desgraciadamente, no era posible duda alguna, y que se encontraban indiscutiblemente ante los restos mortales del conde Lardillon de Lestrivière.

Pretender describir la alegría de la viuda de Simons sería empresa imposible... ¡Pero otra viuda queda ahora sumida en la aflicción!

El barón de Ripolin, yerno del conde asesinado, ofrece una prima de 20.000 francos a la persona que descubra al asesino.

El señor Bicard de *Buif,* el simpático negociante sobre el cual habían recaído por un momento las sospechas, sospechas infundadas, y cuya alta e innegable honorabilidad hemos proclamado nosotros desde el primer momento, ha sido puesto en libertad. Desde aquí le enviamos nuestras felicitaciones.

El misterio cubre todavía los móviles del asesinato y nadie puede decir el nombre del asesino. Sin embargo...

Y el señor Bidasse escribió la acostumbrada coletilla final:

... sin embargo, se puede suponer, sin afirmarlo, que el asesinato del conde Lardillon de Lestrivière fué el epílogo de un drama pasional o de un asunto de costumbres contra natura.»

—Creo que así no queda del todo mal—dijo satisfecho el señor Bidasse, al mismo tiempo que de la redacción salía un murmullo de admiración—. Sin embargo, habría que ilustrar este artículo. Pondremos el retrato de las dos hetairas... A propósito: Lafrita nos refirió ayer la historia de la prodigiosa cantidad de huevos duros comida por Simons en un *restaurant* de los bulevares. Deberíamos repro-

ducir la fotografía de la fuente en que se los servían. El hecho lo relataremos en la sección de sucesos y lo guardaremos para aplicarlo a un próximo crimen.

El señor Bidasse tenía una capacidad extraordinaria de invención. En la cámara obscura que le servía de cerebro, los clisés más sencillos y claros se revelaban de una manera que sólo daban pruebas imposibles de reconocer.

No es que el señor Bidasse tuviera imaginación, pues no inventaba nada; pero era maravillosamente tonto. Comprendía poco, y lo que comprendía lo comprendía mal.

Debido a esto, ocupaba una envidiable situación dentro del periodismo... por lo menos dentro de ese periodismo creado por *El Gran Diario.*

El señor Bidasse, inconsciente de su curiosa enfermedad mental, enfermedad que podría definirse como una «hipertrofia de la ausencia de cerebro», saboreaba su triunfo literario, cuando un ordenanza entró en la sala de redacción.

—Preguntan por el señor Lecoq...

—¿Qué desean?—preguntó el señor Bidasse—. ¿Apaches? ¿Crímenes? ¿Sátiros?

El ordenanza le tendió un pedazo de papel muy sucio, en que había escritas estas palabras:

Alfredo Bicard, martingalista, que viene expresamente de Versalles, en donde ha dejado al juez en

excelente salud, desearía tener una breve explicación con el señor Lecoq.

—Esta visita concierne a Lafrita; que lo reciba él—propuso uno de los reporteros.

—¡De ninguna manera! Lafrita meterá de nuevo la pata. El crimen de Maisons-Laffitte es muy importante y requiere que me ocupe yo personalmente. Voy a recibirle yo mismo.

Y el señor Bidasse, precedido de su glorioso vientre, se dirigió al salón de visitas en donde nuestro amigo *Buif*, instalado en un sillón de cuero, leía *La Suerte*, mientras esperaba la llegada del cliente, como irrespetuosamente llamaba al jefe de la sección de «Crímenes y Sátiros».

—¿De modo que es usted el señor Lecoq?—preguntó Bicard mirando de arriba a abajo al señor Bidasse.

—Sí, amigo mío, soy yo... ¿Qué desea usted? Sea breve porque tengo prisa.

¡Vaya con el señor Lecoq! ¡No presenta usted mal! ¡Se conoce que su oficio le produce para cuidarse bien! Nunca habrá probado usted el rancho de la cárcel de Versalles, ¿verdad? Estoy seguro de que prefiere algo mejor... ¡Pues yo me he atracado de rancho durante tres días, y como si tal cosa! Sin embargo, creo que le gustaría a usted. Es cuestión de entrenamiento. Como dice *La Suerte*, la grasa no es músculo.

Los ordenanzas reían. No podían ver al señor

Bidasse, el cual les molestaba constantemente, les trataba de una manera insolente y jamás les daba un céntimo de propina. El señor Bidasse se sentía inquieto y comenzaba a arrepentirse de no haber enviado a Lafrita.

—¡Al grano! ¿Qué desea usted?

—Señor Lecoq—dijo lentamente Bicard sacando de su bolsillo un número de *El Gran Diario*—, es usted quien ha escrito en este papelucho que yo era uno de esos vagabundos siniestros que pululan por París; usted es quien ha dicho que yo era un reincidente peligroso; usted es quien ha asegurado que siendo niño ataba los ratones muertos al cordón del llamador de la puerta... Señor Lecoq, todo eso son mentiras inventadas por usted para interesar al público. Señor Lecoq, he venido para decirle que eso y mucho más es usted.

—Poco a poco—dijo el señor Bidasse precipitadamente—; todo eso ha sido desmentido, y es como si no se hubiera dicho. Ya verá usted en el número de mañana. Le damos a usted un bombo, señor Bicard.

—Todo eso está muy bien; pero yo he sido tratado como el peor de los criminales, molestado por el juez, y encerrado en un calabozo el día que se corría el Gran Premio de Tremblay, en el que pensaba jugar precisamente al caballo ganador; pero como las Apuestas mutuas han olvidado de instalar taquillas en la cárcel de Versalles, dejé de ganar 75 francos, y todo esto no lo perdono.

—Créame que lo siento—dijo cortésmente el señor Bidasse.

—No, si yo he perdonado al juez—contestó *Buif* haciendo un gesto de magnanimidad—. Su oficio es encerrar a las personas, y como el pobre hombre trata mucho con apaches, pues ha acabado por perder todo sentido moral; pero es su oficio y tiene que vivir de él y hacer vivir a su familia... Si no encerrara a las gentes no podría ganarse la vida. El Gobierno le paga para eso... Pero a usted hay una cosa que no le perdono, señor Lecoq: el que haya dicho usted que yo daba malos tratos a mi esposa, que había querido obligarla a... y no sé cuántas cosas más... Y he venido para facilitar el asunto y que usted no se tenga que molestar...

—¿Molestar...?

—En venir a pedirme perdón—concluyó *Buif* con noble sencillez.

—¡Pedirle perdón!—repitió el señor Bidasse indignado.

—¡Claro! Porque se necesita ser un rematado canalla para... calumniar a las gentes y creer que eso no tendrá consecuencias.

El señor Bidasse juzgó que la discusión pública había durado bastante para él y para la distracción del auditorio, que parecía muy divertido.

—Venga, amigo mío—dijo a *Buif*—; aquí no estamos bien para hablar, estamos en el paso.

Y llevó a Bicard a un despachito reservado a las visitas, en el que penetraron ambos.

—Es un malentendido—decía al entrar amable y conciliador el señor Bidasse—, una mala interpretación... ¡Vamos a arreglar el asunto!

Los ordenanzas dieron libre curso a su hilaridad.

—¡Me parece que se le prepara una buena!—dijo uno de ellos.

—¡Escuchad, escuchad! ¿Qué pasa ahí dentro?—preguntó otro.

En el despachito en que se habían encerrado el señor Bidasse y *Buif* se oían una voz irritada que alternaba con otra suplicante.

Luego, el ruido cambió, y oyóse algo así como la caída de un pesado cuerpo, seguida de golpes sordos y regulares...

—¡Si parece que están sacudiendo un tapiz!

—¿Vamos a ver qué es lo que ocurre? No debe ser cosa buena...

—¡No te muevas, desgraciado!... Creo que es Bidasse, que está recibiendo lo suyo, y sería una lástima interrumpir la sesión... Además, si tiene necesidad de nosotros, que llame: para eso está el timbre.

En aquel momento se abrió la puerta. Primero apareció *Buif*, cuyo rostro parecía el de un *jockey* vencedor entrando en el peso después de ganar una reñida carrera... es decir, que estaba muy encarnado, jadeante y radiante. Luego siguió el señor Bidasse, que parecía andar con dificultad, y uno de cuyos ojos, hinchado y medio cerrado, prometía una próxima policromía.

—Es un malentendido, un pequeño malentendido—explica de nuevo ante las sonrisas burlonas de los ordenanzas.

—Sí; pero ya está arreglado—añadió *Buif*—. Así es mejor que un proceso por difamación. Si la ocasión se vuelve a presentar de nuevo, no olvide que le guardo lo mismo, y si ha quedado contento, comuníquelo a sus amigos y conocidos... ¡Ah!—añadió al salir, pero con un tono tal que el señor Bidasse retrocedió temiendo una nueva ofensiva—, y haga el favor de no olvidar el sueltecito convenido referente a mi esposa.

El señor Bidasse volvió a la sala de redacción, se sentó en su sillón (este sencillo movimiento le arrancó un grito de dolor) y cogió las pruebas de su artículo. Con mano febril añadió las siguientes líneas:

> «Un error tipográfico nos hizo decir hace unos días que el señor Bicard de *Buif* estaba separado de su esposa. Nuestros lectores habrán rectificado ellos mismos este error. Nos complacemos en reconocer que la unión y la paz jamás ha dejado de reinar en este feliz matrimonio.»

Seguidamente se le ocurrió una idea, y llamando a un ordenanza le dijo:

—¿Ha visto usted a ese hombre que ha venido a molestarme hace un momento? Si vuelve, nunca estaré para él.

Lafrita, que estaba allí desde hacía un momento escribiendo un suelto en uno de los extremos de la mesa, dijo indiferente:

—¿Le han sableado? ¡Esos sablistas! ¡Qué plaga!

En las salas de redacción las paredes oyen, y Lafrita estaba ya al corriente de lo ocurrido.

Era su oficio estar bien informado...

CAPITULO II

ORACIONES FÚNEBRES

CONDUCÍAN a su última morada al conde Lardillon de Lestrivière, o por lo menos, a lo que había quedado de él. Era un gran entierro, un lujoso entierro de primera clase. Como el difunto había, en vida, amado mucho a los caballos, engancharon seis a su carroza fúnebre.

La carroza iba literalmente cubierta de coronas, ornadas con las más halagadoras inscripciones. Una corona de la Sociedad Hípica del Sena, «A su fiel comisario»; una corona ofrecida por los empleados de las Apuestas mutuas; una corona del Ministerio de Agricultura, «Al eminente mejorador de la raza caballar, al distinguido adductor de nuestras aguas potables»; una corona de *El Gran Diario*, que aprovecha la ocasión de un reclamo magnífico (el pobre conde soportaba sobre su carroza fúnebre esta invitación, apenas disimulada: «Leed todos *El Gran Diario*»).